



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL INAMOVIBLE



¡Tenemos, á Dios gracias, un alcalde que nos viene á salir casi de balde!

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, III, por Fernando Manzana.—Paisaje y paisanaje, por Eduardo Bastillo.—La oración del matador, por José Estremera.—Un sueño raro, por Juan Pérez Zúñiga.—La lucha por la existencia, por Antonio Montalbán.—Ella, por Sinesio Delgado.—Las tonteras de Fermín, por Manuel Corral y Mairá.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El inamovible.—Cartas.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Un Sr. Roger, vecino de Mérida, cree, desde las columnas de *La Voz*, que yo puedo ser un obstáculo para la unión de España y Portugal, y añade que mis chistes, «más ó menos ingeniosos» (¡crnell!), resultan intempestivos y censurables.

Si he de decir verdad, yo no me opongo á que nos cajuntemos, ni ha entrado nunca en mis propósitos el de contrariar al Sr. Roger en sus nobles aspiraciones.

Él supone que hay síntomas favorables á la unión ibérica desde el momento en que los *meninos* portugueses convidan á los *meninos* españoles á un baile en la plaza de Figueira. Podrá ser, y bien sabe Dios que, si en mi mano estuviera, mañana mismo se firmaba el anhelado contrato fraternal, y en prueba de ello he mandado á mi chico que se asee y se disponga á asistir á todos los bailes infantiles, con la dulce esperanza de que llegue un día diciéndome:

—Papá, entre los chicos de la plaza hemos hecho la unión ibérica á precios reducidos, sólo para dar gusto al Sr. Roger.

Yo no puedo hacer más en pro de la idea salvadora «que ha de convertirnos en el pueblo más grande de la tierra,» y conste que no hago causa común con los Braganzas y Borbones, dedicados, según el Sr. Roger, á «mantener eternamente divididos pueblos que ansían, con ansias infinitas, mezclarse y confundirse.»

No me relaciono con ninguna de ambas familias, y hago esta declaración para que no crea el Sr. Roger que recibo inspiraciones suyas ó que ellas me escriben los artículos.

Por no ser, ni siquiera soy monárquico.

De modo que caen por su base las suposiciones de mi censor. No quiero vivir abrumado por la enorme pesadumbre de sus inculpaciones, porque en España hay gente que lo cree todo, y es muy posible que alguien supusiera que, si no se hace la unión de España y Portugal, es porque yo me opongo.

—Pero, hombre—diría alguno,—¿ha visto usted ese Taboada?

—¿Qué tiene?

—Que por culpa suya no se hace la unión ibérica.

—¿Y á él qué le importa?

—¡Vaya usted á saber! Puede que quiera erigirse dictador aprovechándose del verano.

Después de todo, el Sr. Roger atribuye á mis chistes «más ó menos ingeniosos» un alcance que no tienen. ¿Cree acaso que su artículo, serio como colchón y estirado como un cuello postizo, va á despertar en los pechos lusitanos la noble aspiración de la unidad ibérica? ¿Cree que con sus frases poéticas han de sentirse halagados los hijos de Portugal? Pues se equivoca lastimosamente el Sr. Roger. A los simpáticos descendientes de Vasco de Gama les tiene sin cuidado el artículo de *La Voz*, y lo mismo piensan ellos en uniones ibéricas que pienso yo en ponerme el *capello* cardenalicio.

Y en cambio, á mí, con todos mis defectos y mis «chistes cen-

surables,» me dedican conciertos los comerciantes de Figueira y me disparan cobetes de colores y me dan serenatas que agradezco de todo corazón, aunque no las merezco.

Resulta, pues, el literato de Mérida mucho más papista que el Papa. Me censura porque ridiculizo las cosas de Portugal, y los portugueses, más razonables que el preinserto literato, me dan las gracias públicamente.

Ate el Sr. Roger esta mosca por el rabo.

§ 7.

Dicho todo lo cual—y ustedes dispensen que haya invertido en asunto tan haladí un tiempo precioso,—*paso* á decirles que ha llegado á esta población una excelente compañía de zarzuela española, de la que forman parte las típles señoritas Petrolani y Vidaurreta, el tenor Sr. Tamargo, el barítono Sr. Lafita y el bajo señor Lloret. Como director figura D. Angel González, uno de los tenores cómicos más discretos que he conocido. Ya le quisier á yo en Madrid para los días de fiesta, y lo mismo digo de los demás artistas que forman el quinteto de que me ocupo.

La compañía inauguró la temporada con excelente éxito y obtuvo muchos y merecidos aplausos, y eso que nunca faltan espíritus superiores para quienes no hay nada bueno bajo la capa del sol.

—¿Qué le parece á usted la compañía?—pregunto á un sujeto con cara de fiscal suplente.

—¡Pehst!—responde haciendo un gesto de displicencia.

—Nota que es usted descontentadizo.

—Es que yo he visto mucho.

—¿Dónde?

—En Illescas.

El amor á la patria llega á producir perturbaciones aun en las personas mejor constituidas.

Hay sujeto que oye cantar á la Nevada y dice con cierto acento despreciativo:

—No canta mal, pero ya quisiera parecerse á la Merluza tij.

—¿...?

—Una tiple *es/bogata* que cantó en mi pueblo el año pasado. Aquélla sí que tenía voz. En *La Traviata* dió una nota tan fuerte que le rompió los anteojos al director de orquesta. Muchas noches se ponía á cantar en la cama, y la oíamos en todo el pueblo, tanto que el alcalde tuvo que reprenderla, porque no dejaba descansar á los vecinos.

Muchas personas creen que lo que han visto en su pueblo es lo mejor del mundo, y no transigen con que en Madrid haya típles, ni lombardas, ni cajetillas superiores á las suyas.

—¿Por qué no va usted á oír á Tamargo? Es un tenor de lo poco que hay.

—Hombre, no me venga usted con músicas. En Villarronzal, por la feria, tenemos siempre compañía y estamos hartos de oír á los mejores cantantes. Tuvimos un tenor el año pasado que, además de cantar, sacaba muelas sin dolor con un sable y vendía un específico para echar la solitaria. ¿Qué me va usted á decir á mí que yo no haya visto en Villarronzal?

A este, como á otros muchos bañistas que conozco, les vendrían perfectamente las dos últimas sílabas del pueblo de referencia.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

III

Deho hacer constar primero, para que ustedes lo sepan, que yo siempre he sido el hombre más holgazán de la tierra, y bien por falta de asuntos, ó bien por falta de fuerzas, el dar con uno mediano tanto trabajo me cuesta que se me pasan los meses sin que me ocurra una idea. Por fin tropiezo con una que es mala, mediana ó buena, pero que á mí me parece digna de tenerse en cuenta, y entonces me siento el hombre más dichoso de la tierra.

—¿Tengo un asunto? me digo, y como si ya tuviera

cuanto hay que tener, descanso, y acariciando esta idea se pasan días y días sin escribir una letra, pues así como hay quien goza mientras que trabaja y crea, yogo al pensar que puedo trabajar en cuanto quiera. Pasan semanas y meses, y los amigos empiezan á pincharme y á decirme: —¿Te has retirado?

—¿No estrenas?

—¿En qué piensa usted?

—¿Te has muerto?

—¿Te has cortado la coleta?

Y, herido en el amor propio, doy desarrollo á la idea

trabajando en todas partes:
en Apolo, en la Zarzuela,
en los cafés, en pasto,
en la cama y en la mesa:
y hago el plan tan detallado
que igual la cuento á cualquiera,
después de acabarla, que antes
de haber escrito una letra.
Luego descanso otra vez
un par de meses siquiera;
y cuando ya los amigos
nuevamente me avergüenzan,
monto en el tren y me marcho
á hacer el diálogo fuera,
pues como hasta que lo acabe
no he de volver á mi tierra
y yo soy muy madrileño
de los pies á la cabeza,
escribo la obra á destajo,
siempre á escape, con la idea
de que, cuanto antes la acabe,

antes estaré de vuelta,
y ya después de acabarla,
salga mala ó salga buena,
la estreno ó no, pero nunca
hago reformas en ella,
pues volver sobre lo escrito
es para mí una tarea
tan ingrata, que la juzgo
muy superior á mis fuerzas.
Con esto ya he dicho á ustedes
mi modo de hacer comedias;
perdonen, pues, sus defectos
en gracia á mi ligereza,
y hago aquí punto final,
pues no porque ustedes sean
benévolo hasta el punto
de escucharlas y de verlas,
he de cansarles con versos
que aún son peores que aquéllas,
pues tolerarlos sería
sobrada benevolencia.

FERNANDO MANZANO.

PAISAJE Y PAISANAJE

I

Suave fulgor de aurora del estío
tíñe de azul y grana el horizonte,
y cruza el hondo valle el manso río
y de gasas la niebla viste el monte.

A saltos trepan las lanudas cabras
y, besando sus lueñas,
canta el alegre recental tras ellas
un idilio elocuente sin palabras.

Del valle allá en el fondo
de que existe una aldea yo respondo,
con su iglesia de pobre arquitectura;
y no lejos, cercada por zarzales,
una huerta con árboles frutales
propiedad del anciano señor cura.

Y ya á la luz del alba,
un aldeano roto, sucio y feo,
cual zorro hambriento los zarzales salva
y da á su gula de ladrón empleo;
que, aunque la ley de Dios manda otra cosa,
¡es la fruta del cura tan sabrosal...

II

Es tarde de verano
que hace pensar en Dios al buen cristiano.

Aura marina la ciudad orea:
sin una nube el cielo,
blanca y alegre la vecina aldea;
de hermosas flores tapizado el suelo
que besa el manso río
al llegar al Cantábrico bravío.

Fértiles huertas, verdes maizales
que con el agua fecundante espigan;
malvases que anidaron en zarzales
y al amor con sus cánticos obligan.

De gala, encantadora,
hoy la Naturaleza
de todo noble espíritu es señora...

Pero ¡ay! que ésta es la hora
de prosa vil, de popular fiera.

Allá abajo, en la plaza, un pueblo entero,
ante las reses bravas y el torero
canta y aplaude, silba y escarnece,
y al sol, que duro en las cabezas arde,
Raco mismo parece
que busca *brancas* en la hermosa tarde;
pues beben muchos hasta ver estrellas,
pierden vergüenza y fino
y esperan sólo á que se acabe el vino
para arrojar al circo las botellas.

EDUARDO BUSTILLO.

LA ORACIÓN DEL MATADOR

I

Los domingos, poco antes
de comenzar la corrida,
el matador Juan el *Guro*
va devoto á la capilla,
y allí, postrado de hinojos,
pide á la Virgen María
que le ampare y que le deje
volver á casa con vida;
que allí le espera Dolores,

la muchacha más bonita
de todas cantas el barrio
de la Macarena cría,
y á quien él quiere de veras
por resalada y por linda,
y en ella tiene su orgullo,
y en ella está su alegría.
Y él va contento á los toros,
y lidiar no le intimida,
que así podrá darle á ella
vestidos y joyas ricas,

para que al mirarlos juntos
por las calles de Sevilla,
mueran los hombres de celos
y las mujeres de envidia.
Y al ver que está sano y salvo,
al terminar la corrida,
con prisa por ir á casa,
vuelve Juan á la capilla,
y, en el cuadro de la Virgen
su alegre mirada fija,
por toda oración le dice:
«¡Gracias, *marisita* mía!»

II

Una tarde Juan el *Guro*,
al comenzar la corrida,
pasó del coche á la plaza
sin entrar en la capilla.
Nada quería pedirle
á la Virgen aquel día,
que en casa no le esperaban
ya la ventura y la dicha.
Negra faja á la cintura
llevaba Juan, mal ceñida,
y la corbata era negra
como su fortuna pícara.
Ya no existía Dolores,
que tuvo la muerte envidia
de Juan, viendo aquella moza
tan resalada y tan linda.
Por eso viste de luto,
por eso Juan aquel día

pasó del coche á la plaza
sin entrar en la capilla.

III

Nunca estuvo Juan más bravo
que aquella tarde en la lidia,
ya lanzando de capa,
ya poniendo banderillas.
Y al matar su último toro,
es tanto lo que se arrima
que el público, entusiasmado,
«¡Viva tu madre!» le grita.
Nubla la plaza la nube
de sombreros que le tiran,
y allí van hasta chaquetas
y pañuelos de Manila.
Mas, súbito, un ¡ay! se escucha
que ahuyenta aquella alegría,
y el público la anhelante
mirada en el *Guro* fija.
A poco cuatro hombres llevan
á Juan á la enfermería
y marchan apresurados,
porque es de muerte la herida.
Y al pasar el triste grupo
delante de la capilla,
que se paren un momento
á los hombres les suplica;
y, en el cuadro de la Virgen
su triste mirada fija,
como otras veces murmuró:
«¡Gracias, *marisita* mía!»

JOSÉ ESTREMEIRA.

UN SUEÑO RARO

I

LA BASE DEL SUEÑO

Me acosté bajo la impresión de una noticia que me habían dado
aquella tarde.

Mi condiscípulo Pimentón se había casado con una mujer
vieja y pobre, después de haber disfrutado tres esposas jóvenes
y ricas.

Se conoce que esto impulsó á mi cerebro á soñar la mayor de
las extravagancias.

Verán ustedes.

Todos los españoles estaban hartos de las mujeres que habían
elegido, ya como esposas, ora como amantes. La vida resultaba
insostenible y se imponía una enérgica determinación colectiva
que pusiera término á tanto malestar.

Cuando todos mis compatriotas se hallaban á punto de enlo-
quecer, un ser sobrenatural, un ánima en pena (no recuerdo á
punto fijo si la de Alfonso el Sabio ó la de Perico Manguela),
aconsejó á los poderes públicos la celebración de un sorteo de
mujeres para que cada hombre se casara con la que le correspon-
diere, comprometiéndose á vivir siempre con ella.

Como todos estaban disgustados, la esperanza de pasar á me-
jor vida les halagó extraordinariamente.

Ni las edades, ni las fortunas, ni las demás condiciones físicas
y sociales fueron tenidas en cuenta para efectuar el arreglo. So-
lamente la suerte decidía, y era inútil pensar en apelación alguna.

II

RESULTADOS DEL SORTEO

Aunque parezca imposible, tuvo lugar el sorteo en medio del
mayor orden, y como había igual número de caballeros que de se-
ñoras, no quedó plaza alguna vacante.

Y aquí entra la parte notable de mi sueño. Verificada la distri-
bución, todos y cada uno de los interesados nos vimos atacados
por la curiosidad de conocer qué mujeres habían correspondido
en suerte á nuestros parientes, deudos y amigos.

¡Qué movimiento! ¡Qué circulación de cartas y telegramas!
¡Qué de visitas, recados, protestas, reclamaciones, enhorabuena,
pésames, descargos y sorpresas!... Porque había que ver las
mezclas absurdas, las combinaciones disparatadas, las casualida-
des inverosímiles que resultaron de tan peregrino sorteo.

En cuanto lo juzgué oportuno me lancé á la calle á enterarme
de la suerte de mis amigos y de mis conocidos.

—¿Con quién ha caído usted?—pregunté á la cacharrera de la
casa inmediata.

—Con un tal Martínez Campos, que dicen que es militar—me
contestó.

A pocos pasos de mi casa me encontré á Ricardo Ducazal y,
naturalmente, le pregunté con quién había caído.

—Con una profesora en partos que reside en Pontevedra—me
respondió.—Pero voy á ver si cambio con Sinesio Delgado.

—Pues ¿con quién ha caído él?

—Con su suegra.

—¡Jesús María! ¡Qué casualidad!... Pues, nada, si logras hacer
el cambio, iré á felicitarte.

CARTAS



«...por lo tanto me aré usted el favor de desirme quando latoca salir y si tiene gusto de que la acompañe.»



«Muy señor mío. Adjunto le envío un soneto que comprendo que me ha salido un poco largo por las muchas cosas que yo quiero decirle a la interesada, pero versos peores publica usted todos los días.»



«A de saber usted que suma rido de usted la dice Cosas a la criada sin que se heutere usted. Perjúntele usted al Panadero que solo diré a usted. Sulló: Un amiño.»



«No puedo mandarte los diez y siete duros que me pides, porque la cosecha...»

«...y si en el término de ocho días no ha desalojado usted el cuarto, me verá precisado a...»



«Como usted comprende, yo soy un pobre que vivo de mi trabajo, y si no satisface usted el importe de la factura adjunta tendrá el sentimiento de darla un escándalo en el descansillo de la escalera su servidor y Zapatero...»



«Se acuerda usted de Talegón? ¡Pues ya es briga diez!»



«Esta noche salimos para Zumárraga. Empeña toda la ropa y sígneme. ¡Te amo!»



«Tu debes Pedir en la Casa doce duros y mandarme los todos los meses, porque no es justo que tu marido trabasque aquí Como un nergo, teniendo tu una leche tan güena como diées...»



«Saberás decómo la rramona seba á casa Con el iño del Tío pascualon, porque iceque tu no la esquivas donde que fuites al ser bistio.»

«El portador de la presente es un mosca que se empeña en que le dé para ti una recomendación. Se le dar para quitármele de encima, pero me tiene sin cuidado que le aches con cajas destempladas.»

—Muchas gracias.

Después me encontré al ama que me crió. La pobre mujer iba llorando de alegría.

—¿Qué es eso?—le pregunté.

—Que me ha tocado un esposo maravilloso.

—¿Quién es?

—El arzobispo de Toledo.

—Vaya, pues que sea enhorabuena.

Y poco á poco fui encontrándome parejas verdaderamente extrañas.

El sereno de mi calle conducía del brazo á D.^a Emilia Pardo Bazán.

El doctor Tolosa Latour á una confitera de Vitigudino, muy chata.

Mi planchadora iba con Carulla dándose tono.

Mi padre me participó que mi madrastra era una linda horchatera de Alicante.

Julián Romea me presentó á su nueva esposa, que era nada menos que Sor Dominica de la Cruz, religiosa descalza.

A mi amigo Cosme Taflete, que caminaba por la calle de Alcalá molino y malhumorado, le pregunté qué le sucedía.

—Nada, hijo—me contestó.—Que acabo de caer... ¿con quién dirás?

—¿Qué sé yo!

—¿Con mi mujer?... ¡Con la misma de siempre!

—Paciencia, chico.

Dirigime á la peluquería y hallé al maestro dándose á los demonios. ¡Le había unido la suerte con una conocida señorita de la calle de Jardines!

Ya de regreso en mi casa, me detuvo la portera para comunicarme su satisfacción.

—¿Con quién ha emparejado usted?—le pregunté.

—Con Portal, el famoso pelotari.

—Vamos, usted está destinada á ser siempre señora de portal.

—Tiene usted razón.

—Pues me alegro muchísimo.

—Gracias, señorito.

—No, lo digo porque así dejará usted la portería y todos viviremos muy felices.

Tarea interminable sería la enumeración de los encuentros que tuve y las noticias que recibí.

Y á todo esto yo no sabía de cierto con quién había caído, pues precisamente faltaban datos respecto al sorteo efectuado en mi zona.

Ello es que hubo un sé qué confusión de nombres y se dudó si mi criada Teresa (joven y guapa ella) me había correspondido á mi por casualidad, ó le había tocado en suerte al ministro de la Guerra. Pero éste se adelantó á tomar posesión de Teresa, y yo, amoscado, traté de arrebatarla á puñetazo limpio. Gracias á que el ministro me tenía mucho miedo y se achantó por la buena; pero el caso es que yo me quedé sin saber de cierto quién era mi señora.

III

DIÁLOGO FINAL.

Yo (dormido como un cejorro).—¡Pero Dios mío! ¿Quién será la mujer que me ha tocado en suerte?... ¿Será Teresa?... ¿Será la buñolera de la esquina?... ¿Será alguna domadora de serpientes?... ¿Será la duquesa de la Torre?

La criada (golpeando con los nudillos la puerta de mi alcoba).—Tras, tras.

Yo (soñando).—¿Quién demonios será mi esposa?

La criada (desde el pasillo).—Soy yo, señorito.

Yo (comenzando á despertar).—¿Qué oigo! ¿Teresa! ¿De verás eres tú la mujer que me ha tocado?

La criada (ruborizándose superficialmente).—¡Señorito, por Dios! ¡Tocarle yo á usted? ¡Si no he pasado de la puerta!...

Yo (completamente despierto).—Tienes mucha razón. Pero, calla, ¿dónde está la señorita? No la he sentido levantarse.

La criada.—Pues está en el comedor, con un ojo hinchado de resultados de un puñetazo de usted.

Yo (incorporándome).—¿Qué me dices?

La criada.—Que aquello ya no es un ojo, es una pelota de Mosto Sáinz, de Pamplona.

Yo (gimiendo).—¡Pobre esposa mía! ¡La habré lastimado cuando el ministro de la Guerra te arrebató de mis brazos!

La criada.—¡Ave María purísima! ¿Pero está usted loco?

Yo (poniéndome el calcetín izquierdo).—Se me figura que sí.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

CUENTO

El sacristán del Batán (un pueblo de lo peor) era un tiempo enterrador y escasamente le daban de comer al rapa-velas, y dió en la extraña manía de tomar el cementerio un poco menos en serio que tomárselo debía.

Es verdad que las gabelas en la iglesia no abundaban y escasamente le daban de comer al rapa-velas.

Y es más cierto y más verdad que era el pueblo tan pequeño que el morirle un lagareño era una casualidad.

Así es que en la sacristía muy poco dinero entraba, porque nadie se casaba y porque nadie nacía.

Y el sacristán del Batán no supo qué era peor, si el hacer de enterrador, ó el hacer de sacristán.

Pero un día cotemplaba que era grande el campo santo, y calculando que tanto para tan poco sobraba,

vió en ello su salvación y se le ocurrió aquel día la rareza, ó la manía, de que ya se hizo mención.

La cual manía era abrir un huerto en aquel terreno, que por lo baldío y bueno tendría que producir.

Y poco á poco plantó lo que la época exigía, y el hortelano cogía lo que el chupa-circos no,

logrando de esta manera la dicha de la morada, por tener asegurada la cotidiana puchera.

Y en paz vivía el sacristán, haciendo vida ejemplar, cuando llegó á su lugar el cólera morbo asiático.

El huésped aquel, cruel,

al hortelano espantó, porque el pobre no contó con un huésped como aquel.

Y aunque era insignificante el pueblecillo, es lo cierto que para arrasar el huerto hubo en el pueblo bastante.

Y plantas, hojas y matas el huésped fué conquistando y poco á poco ocupando el lugar de las patatas.

Al fin torció de camino con el hambre satisfecha... á costa de una cosecha de tomate y de pepino.

..... Cuando todo se calmó y vieron días risueños los contados lagareños que el cólera respetó,

el sacristán sonreía, porque todo lo perdido en el huerto, fué cogido de sobra en la sacristía.

Y bendiciendo la ciencia, que por tan extraño modo le dió resuelta del todo la lucha por la existencia,

el sacristán del Batán exclamó: Yo siempre gano: ¿Que no hay cólera? Hortelano. ¿Que hay cólera? Sacristán.

ANTONIO MONTALBÁN.

ELLAS

Al llegar á los postres de una comida delante de tres hembras como tres aules, entre dos caballeros de la partida surgió una pelotera de tres bemoles.

Federico, que tiene fama de tuno con puntas y ribetes de escepticismo, y que, habiendo bebido más que ninguno, era capaz de armarla consigo mismo,

sostenía, gritando como una fiera, que todas las mujeres son unas tales y se debe tratarlas de tal manera que nunca las envidien los animales;

que engañarlas es gracia más que otra cosa, que quererlas de veras es desatino y que siempre valdría la más hermosa menos que una botella del peor vino.

Y Sinforoso, un joven fino y galante, usando en la disputa frases prudentes, guardando mil respetos al contrincante, defendió á las muchachas allí presentes.

Enalteció los goces del amor santo, dijo cosas muy buenas de las señoras, y juró que servirles era un encanto y un deber defenderlas á todas horas...

Pero de tal manera subió de punto la cuestión suscitada delante de ellas, que al cabo intervinieron en el asunto los cuchillos, los platos y las botellas.

Y al final de la broma se arregló un duelo; se salieron al campo de madrugada, y el pobre Sinforoso quedó en el suelo medianamente herido de una estocada.

..... Al saber á otro día las tres testigos el lance de que fueron causa inconsciente, se fueron á las casas de los amigos para hacer comentarios extensamente.

—Sinforoso (decían), ¡qué generoso! ¡qué atento! ¡qué galante! ¡qué guapo chico! En fin, se hicieron lenguas de Sinforoso... ¡pero fueron amantes de Federico!

SINESIO DELGADO.

LAS TONTUNAS DE FERMÍN

Al bueno de don Severo (párroco de Albarracín) le robó el tonto Fermín un magnífico carnero.

Mucho el cura se enfadó al averiguar la hazaña, y quiso saber con maña quién fué el que se lo robó.

Sin que nadie sospechara el móvil que pretendía, mandó á su feligresía que al punto se confesara.

Y como en aquel lugar respetaban al buen cura, no quedó una criatura que no fuese á confesar.

A todos la absolución les dió el párroco ladino, pues no encontró ni un vecino que resultase ladrón.

Así es que no pudo al fin indagar quién le robó, porque á todos confesó menos al tonto Fermín.

Pero á éste, como era bobo, no lo quiso confesar, pues no pudo imaginar que fuese el autor del robo.

No obstante, llamólo un día y el tonto fué diligente, y confesó lo siguiente al cura en la sacristía:

—Padre, para principiar, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Muy sencillo: responder á lo que he de preguntar.

—¿Dime, hijo mío, á tu madre al respeto le has faltado?

—¿Y usted?—Yo nunca, ¡menguado!

—Yo entonces tampoco, padre.

—¿Hiciste alguna lotara con las mozas del lugar?

—¿Y usted?—Yo... no puedo hablar.

—Yo tampoco, señor cura.

—Vamos á ver, pon cuidado y contesta la verdad;

¿dime con sinceridad si alguna cosa has robado.

—¿Y usted?— Hombre... te diré

cuando mozo, por mi mal,

entré un día en un corral

y un carnero me llevé.

Pero aquello se arregló

porque yo me arrepentí,

el carnero devolví

y el confesor me absolvió.

—¿Por barrabás, buena acción!

Pues si usted robó un carnero,

me voy de aquí, que no quiero

confesar con un ladrón...

MANUEL CORRAL Y MATRÁ.

CHISMES Y CUENTOS

El programa de los festejos acordados por el Ayuntamiento ha obtenido un éxito tan feliz que, alarmadas justamente la opinión y la prensa, han puesto el grito en el cielo, y los señores concejales se han visto obligados á volverse atrás.

Se ha hablado de la redacción del programa, de la supresión de festejos... de todo menos de la dimisión. Al fin y al cabo, parece que se prescindirá de algunas de las partidas consignadas en el presupuesto que más escandalosas han parecido á todo el mundo y que subsistirán otras, con las cuales nadie se ha metido.

Entre estas últimas ¡oh dolor! está la referente á la tirada de carteles anunciadores, y sobre ella voy á decir yo cuatro palabritas.

Verán ustedes. Se trata de hacer una tirada de 6.000 carteles grandes y 3.000 pequeños del proyecto premiado, y 3.000 del que ha obtenido el accésit. El Ayuntamiento ha destinado á este objeto, que bien puede llamarse benéfico... para el contratista, la cantidad de 46.000 pesetas. Ni un céntimo menos. Es decir, que quiere que cada cartel le cueste á cuatro pesetas, próximamente, chico con grande.

Y... vamos á echar cuentas.

Supongamos que los carteles grandes son tan grandes que cada uno lleva tres pliegos; supongamos que el papel es tan superior que cuesta diez duros cada resma de quinientos pliegos; supongamos que los carteles pequeños tienen un pliego cada uno del mismo papel, y que los del accésit son también pequeños y, por consiguiente, salen á pliego por cartel ó á cartel por pliego.

Resultará que hacen falta: para la tirada de los 6.000 grandes 36 resmas, para la de 3.000 pequeños 6 resmas, y para la de los 3.000 del accésit otras 6. Total, 48 resmas á diez duros (y cuenta que es mucho poner, porque con cinco habría bastante) importan 2.400 pesetas.

Ya tenemos el papel.

Vamos á suponer ahora, gastando como príncipes rusos, que las tiradas de todos los carteles se hacen en diez colores, lo cual es el *sumum* de la calaverada, y que el litógrafo lleva, por ser para el Ayuntamiento, 7,50 pesetas por resma y color; y digo por ser para el Ayuntamiento porque ya me lo harían á mí por cinco pesetas; resultará entonces una tirada efectiva de 480 resmas, á siete pesetas cincuenta céntimos, que importará 3.600 pesetas justas y cabales.

Resumen, para no cansar:

Importe del papel, tirando de largo	2.400
Importe de las tiradas, ídem de ídem	3.600

TOTAL... Pesetas. 6.000

Y como el Ayuntamiento ha consignado 46.000 pesetas y no entra en la cuenta el pago de los dibujos originales, resultará que quedan para los dibujantes coloristas, propinas de mozos de la litografía, etc., etc., 40.000 pesetas.

¡Que es quedar!

Entre las ruinas de un templo de Zaragoza se ha encontrado un cráneo atravesado por una bayoneta.

Y dice un periódico:

«El recuerdo ha resucitado en los zaragozanos aquella página de color patrio que simboliza la figura de Palafox envuelta en nubes de pólvora.»

«En qué quedamos? ¿La página de color patrio simboliza la figura de Palafox, ó la figura simboliza la página, ó las nubes simbolizan el cráneo atravesado, ó cuál es aquí el símbolo?»

Lléveme o demó si entiendo una palabra.

La *Gaceta* acaba de publicar un real decreto poniendo en circulación las nuevas monedas de oro de veinte pesetas con el busto de Alfonso XIII.

Ya ven ustedes que la misma *Gaceta* usaba que circulan. Pues cuánto vamos á apostar á que no circulan!

Hablando del viaje de Zola al santuario de Lourdes, dice un correspondiente telegráfico:

«Hasta ahora nadie le ha reconocido, pero se teme que alguno se aparciba de su personalidad, y entonces la cuestión podría tener un desenlace funesto...»

Y más abajo:
«El literato se distingue de los demás peregrinos en que lleva en el ojal el distintivo de la cruz roja.»

Pues más claro... agua.
No parece sino que usted y él andan buscando el desenlace funesto.

Quisiera que fueses mudo,
yo sordo como una tapia,
y estar besándote luego
hasta oírte decir:—¡Basta!

J. RODAO.

Por si á alguno se le ocurriera negar la importancia del descubrimiento de América, copio á continuación un sueltito de un periódico mejicano.

Dice así:
«Mañana deberá mirse con las cadenas de oro del matrimonio en la ciudad y puerto de Progreso nuestro ilustrado amigo el dulce, el inspirado poeta C. R. con la cariñosa enamorada de su alma soñadora, con la simpática y bella C. A.

Que la encendida estrella de la ansiada felicidad alumbre la senda de los enamorados esposos.»

Esto es miel hiblea, y lo demás es conversación.

¡Benditas sean las carabelas!

Libros:
Almanaque civil de librepensadores, para 1893, publicado por *El Fortín* Editorial, con la colaboración de distinguidos escritores, é ilustrado con infinitud de dibujos. Precio: 1,50 pesetas.
Entre doctores, juguete cómico en un acto y en prosa, original de don Joaquín Abati, estrenado con gran éxito en el Teatro de Lara á fines de la temporada anterior.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cambrino.—Pues mire usted, cuando haya un concurso para premiar el peor soneto, envíe usted ése. ¡Y no habrá quien le ponga el pie delante!

Paysardo.—Todo lo cual será auténtico efectivamente, pero no tiene nada de particular, como usted comprende.

Un chiflado.—Los dos botones que me manda para muestra son bastante medianos. Y *error* no se escribe con *h*.

Pañitos y palitos.—Tampoco puedo aprovechar ningún cantar de esos.
Sr. D. A. B.—Vaya, por complacerle publicaré el principio:

«Cielo azul
blanca la estrella
que me gula sin saber
mi destino;
mi camino
he empezado á recorrer...»

Pero ¡ay! no puedo publicar más.

N. ro.—Tampoco hemos dado en el clavo esta vez.
Sr. D. J. G.—Sevilla.—El sitio adonde hay que dirigirse para pedir el catálogo, se indica al final del mismo anuncio en letra *curiosa*.

La Ronera.—Si podrá usted enviar otras más largas; lo que dado es que pueda usted enviarlas peores y con menos ortografía.

Un aragonés.—*Fundamento* y *fundamento* son demasiado consonantes entre sí. Aparto de eso, el epigrama tiene poca miga.

Sr. D. R. M. B.—También *paredes* y *paredes* adolecen del mismo defecto. Ítem más. No creo que se llame nadie *Acarades* de apellido... pero no me atrevo á jurarlo, porque la semana pasada dije que *Pro* no se llamaba nadie, y el interesado, que por lo visto es hombre de gracia, me ha remitido la lista de una *Gaceta* en que figuran varios *Pro*, vivos y sanos; cosa que me ha llenado de asombro.

K. D. Te.—St; enreja, y se publicará, Dios mediante.
D. Cintas.—Resultan demasiado inocentes ambas.

Mondragón.—Y ésa también; con el aditamento de que la versificación no se recomienda por sí sola.

El moro Yarfz.—¿De veras cree usted que hablando pesica de la suegra al final ya resulta festiva la composición? ¿De veras cree usted que *hoy* se escribe con *h*? Pues Alá el poderoso le saque á usted de entrambos errores!

Mamarrachero.—El principio no está mal, en mi humilde parecer.

¡Qué lástima de final, que lo echa todo á perder!

Pepita Figorro.—Vuelva usted á remitir con su firma la primera y última *humorada*, y se publicarán inmediatamente.

Falipito.—Tendría gracia si no estuviera tan diluido el asunto. Hay los números que usted quiera.

MADRID, 1893.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 11 éspañola, baja.

ANUNCIOS



¿Qué tendrá el cognac
fino de Mogueer,
que a todas las horas
se deja beber?
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



A afeitarme voy
casa de Tomás,
porque no hay salón
que me guste más.
Alcalá, 40.



¿Cuestan los abonos
cincuenta pesetas
y se atraca uno
de ricas chuletas!
Las Tullerías.—Matute, 6.



Yo me mareo,
me siento mal...
¡Dadme unisado
de *El Imparcial!*
Vicente Lobos.—Zaragoza.



El amigo Torregrosa
se ha comprado un pantalón
inglés de Pesquera. ¡Cosa
que excita la admiración!
Magdalena, 20.



¡Este Tirso es un tesoro!
Fui a su casa cuatro días,
y me ha puesto las encías
como los chorros del oro.
Mayor, 73.



Las camisas de esta casa
son de una clase tan buena
que por aquí nadie pasa
sin comprar una docena.
Martínez.—San Sebastián, 2.

**GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS**



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



¡Huid, engendros ruines de mente acalorada,
fantasmas y vestigios de forma singular!
¡Huid, que vuestras iras no se me importan nada,
pues tengo una camita comprada en el Bazar!
Plaza de la Cebada, 1.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO